



En las páginas
finales del libro
hallarás la solución
de los casos
con la ayuda
de un espejo.



EL CASO DEL CANDELABRO ROTO

Y ocho casos más

M. Masters

El maravilloso candelabro de cristal de la señora Fields, regalo de bodas de sus padres, yacía roto en mil añicos sobre la mesa y el suelo del comedor de su casa. ¿Había entrado un ladrón en la casa y en su precipitada huida había hecho caer el candelabro? Las dotes de observación de Lince le hicieron dibujar todos los objetos que estaban al alcance de su vista, dándose cuenta de que había algo que no encajaba.

¿Será Lince capaz de descubrir cómo se había roto el candelabro?

Entre las páginas de este libro encontrarás diferentes casos para resolver. Las soluciones dependen de tu habilidad y capacidad de observación. ¡Suerte!

Dedicado a todos los niños que nos ayudaron a
crear la serie *Resuelve el Misterio*

Jóvenes detectives resuelven difíciles casos



Amy Adams



Lince Collins

Han rescatado a un perro secuestrado, localizaron vídeo-juegos robados y resolvieron muchos más casos difíciles.

Lakewood Hills cuenta

Christopher Collins, el popular detective que vive en el número 128 de Camino Crestview, es más conocido por su apodo *Lince*. Su padre, Peter Collins, un abogado que ejerce su profesión en el centro de la ciudad, declara: —Hace muchos años empezamos a llamarlo *Ojo de Lince* o simplemente *Lince*, la nariz

con dos nuevos superdetectives que velan por la seguridad de sus ciudadanos. Son Christopher *Lince* Collins y Amanda *Amy* Adams, ambos de doce años y alumnos del 6.º curso en la Escuela Primaria de Lakewood Hills.

namente *Lince*, lo percibe todo, incluso los más insignificantes detalles. Por ello es tan competente en la resolución de enigmas.

Su madre, Linda Collins, agente de la propiedad inmobiliaria, coincide con lo

manifestado por su esposo y añade: —También se debe a que empezó a dibujar a una edad muy temprana. Sus dibujos detallan todo lo que observa. Dibuja pistas, personajes, objetos, el lugar de los hechos... y cualquier cosa que pueda ayudarle a resolver el caso.

Amy Adams vive en la casa de enfrente, en el número 131 de Camino Crestview. Si bien la conocen muchos como la figura del equipo de atletismo, es también una excelente estudiante de matemáticas.

—Es rápida de mente, de pies y de temperamento —comenta riendo Ted Bronson, su profesor. —Jamás se intimida. *Amy* y *Lince* nacieron el mismo día y comparten idéntico interés por los casos difíciles.

—Si algo anda mal no puedes mirar hacia el otro lado —afirma *Amy*, apoyada en su bicicleta.

—Así es —interviene *Lince*, al tiempo que saca del bolsillo trasero el bloc de dibujo y el «boli». Si no podemos resolver un caso a simple vista, hago un dibujo del lugar y de la situación. Al estudiarlo nos damos

blación en «bici» vigilando. Ayudados a veces por Nosey —la retozona perra de caza de *Lince*— y por Lucy —la hermana menor de *Amy*, de 6 años de edad—, hasta el presente han resuelto todos los casos en que han intervenido.

¿Cómo se iniciaron en la actividad investigadora?

Todo empezó el año pasado, el día en que la escuela celebraba su competición anual. Allí conocieron al sargento Treadwell, uno de los más famosos policías de Lakewood Hills. Al referirse a *Lince* y a *Amy*, Sarge dice orgulloso: —Son fantásticos. Poco después de conocernos, a uno de los profesores le robaron unos exámenes. No pude descubrir al ladrón, pero *Lince* hizo uno de sus dibujos, y entre él y *Amy* resolvieron el caso en cinco minutos. A estos dos investigadores es imposible engañarlos.

El sargento Treadwell concluye: —No sé cómo se las ha arreglado Lakewood Hills hasta ahora, sin la colaboración de *Lince* y *Amy*. Hasta la fecha han rescatado a un perro secuestrado, localizaron vídeo-juegos ro-

cuenta de lo ocurrido.

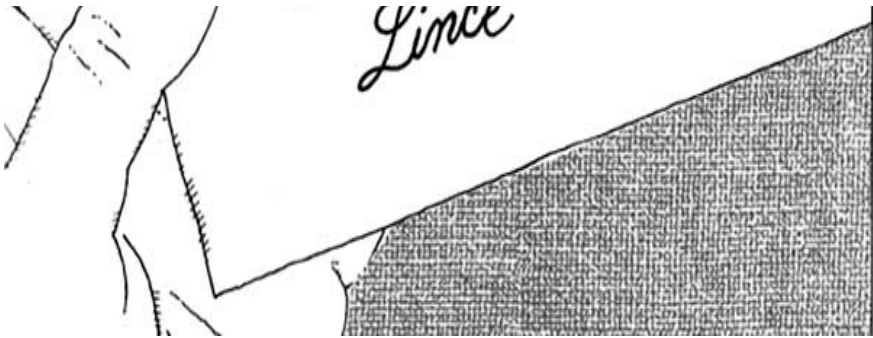
Cuando los dos superdetectives no están entretenidos leyendo, con videojuegos o en un partido de fútbol —*Lince* es el capitán del equipo del sexto curso—, suelen recorrer la po-

dad, y resolvieron muchos más casos difíciles. Siempre que afronto un problema complicado, sé lo que debo hacer: consultar a los dos superdetectives.

ALICE CORY

Querido lector:
Puedes resolver estos casos con nosotros.
Empieza a leer sin perder detalle. Presta
la máxima atención a lo que dice la gente,
a la forma en que se comporta, y a todo
tipo de pormenores: la hora y las condi-
ciones atmosféricas por ejemplo.
Luego analiza minuciosamente el
dibujo y confrontalo con el relato.
Si recuerdas todo lo ocurrido, la ilus-
tración te ayudará a resolver el caso.
Para saber si has acertado-o si te
atascas en un caso muy complejo-, lee
las soluciones que aparecen al final
del libro, impresas al revés. Sitúa la
página frente a un espejo y po-
drás leer sin dificultad. Si no
tienes un espejo, lee la página al
trasluz. (También puedes aprender
a leer al revés. Nosotros ya lo
hacemos bastante bien y en
algunos casos resulta muy útil.)
¡Qué te diviertas... tanto
como nosotros, y suerte!

Amy



El caso del candelabro roto

El primer timbrado del teléfono aún resonaba cuando Nosey empezó a ladrar y a dar saltos.

—¡Yo contestaré! —comunicó Lince a su madre, que trabajaba como agente inmobiliaria, y que estaba en la sala con una clienta.

Sin dejar de menearse, Nosey se aproximó con cautela al teléfono.

—De acuerdo, Nosey —dijo Lince—. Responde. Vamos, descuélgalo. ¡Responde de una vez!

Con sus enormes ojos pardos, Nosey paseó la mirada desde Lince al teléfono. Estiró el morro, olisqueó y, por último,

levantó delicadamente el auricular con la boca.

—¡Buen trabajo, Nosey! ¡Muy bien! Ahora dámelo. Dame...

Antes de que Lince pudiera asirlo, la perra dejó caer el auricular al suelo, donde aterrizó estrepitosamente. Lince se golpeó la frente y alzó inmediatamente el teléfono.

—Hola. Hola —respondió—. ¿Quién es?

Transcurrieron varios segundos hasta que oyó la voz de su padre.

—Mi pobre oído. Es bastante doloroso. Lince, ¿qué diablos has hecho? ¿Has lanzado el teléfono por la ventana?

—Hola, papá, eres tú —Lince abrigó la esperanza de no meterse en un nuevo lío—. Disculpa. Esta tarde le enseñé a Nosey un truco ingenioso. Cuando suena el teléfono, se acerca corriendo y levanta el auricular. De ese modo, si un

ladrón telefonea cuando no estamos en casa, parecerá que hay alguien aquí.

—Avísame cuando consigas que Nosey hable, ¿de acuerdo? Sospecho que eso es lo que te costará más trabajo —balanceándose en su sillón de bufete de abogado, que tenía en el centro de Lakewood Hills, el señor Collins rió su propia broma—. Ya está bien de historias de detectives, ¿está tu madre en casa? Quería decirle que esta noche llegaré un poco tarde.

—Está en la sala con la señora Fields. Buscan una casa para unos amigos de la señora Fields que vendrán a vivir aquí.

—En ese caso, no las interrumpas. ¿Le transmitirás mi mensaje?

—Por supuesto, papá.

—Lince, hablando de todo un poco, ¿no tendrías que estar estudiando matemáticas?

—Venga, papá, me va bien en matemáticas, pero no me gusta estudiar.

—Si le dedicaras sólo un poco de tiempo —añadió el señor Collins con firmeza—, serías tan buen alumno en matemáticas como en programación de ordenadores, para no hablar de videojuegos y de fútbol.

Inquieto, Lince se rascó la rubia cabellera.

—Vale.

—Después de la cena dedicaremos un rato a eliminar fallos de tu videojuego de espaguetis y albóndigas, ¿de acuerdo? Creo que estás a punto de conseguirlo.

Lince se entusiasmó.

—Yo también. En cuanto consiga que las albóndigas rueden por toda la pantalla, será un juego fabuloso. Pondremos manos a la obra apenas terminemos de cenar.

—Trato hecho, nos veremos luego. Adiós.

Cuando más tarde Lince transmitió el mensaje a su madre, ésta le pidió que ayudara a la señora Fields a trasladar algunos álbumes de fotos de viviendas a su casa.

—La señora Fields los ha pedido prestados para mirar las fotos esta noche —explicó la señora Collins—. Hijo, ¿serás tan amable de ayudarla? De lo contrario, tendrá que hacer un par de viajes.

—La ayudaré, mamá —respondió Lince—. Me llevaré a Nosey.

Lince se sentó en el suelo del pasillo y se puso las wambas.

—Toma —dijo la señora Collins entregándole una cazadora roja—. Ha refrescado mucho.

Lince se puso la cazadora encima de su camiseta de rayas azules y blancas de jugar al *rugby* y salió con un par de voluminosos álbumes de fotos de viviendas bajo cada brazo.

La señora Fields vivía en el mismo barrio, bajando por el camino Crestview, en una casa tipo rancho parecida a la de Lince. Nosey los acompañó corriendo de aquí para allá.

—Muchísimas gracias, Lince —dijo la señora Fields en cuanto llegaron a su casa. Cogió la llave y abrió el cerrojo de la puerta principal—. Si dejas los libros sobre la mesa del comedor, te estaré eternamente agradecida.

La señora Fields entró y se dirigió de prisa hacia el comedor para encender la luz.

—Quieta aquí, Nosey —ordenó Lince desde el umbral—. En seguida vuelvo.

Súbitamente oyó gritar a la señora Fields:

—¡Oh, no! ¡Mi candelabro de cristal...! ¡Santo cielo, está destrozado!

Lince dejó abierta la puerta y entró corriendo en la casa. Un enorme candelabro de cristal yacía hecho trizas sobre la mesa del comedor. Minúsculas partículas de cristal cubrían la mesa y el suelo.

—¡Es espantoso! Fue el regalo de bodas que me hicieron mis padres. ¡Se ha roto en mil pedazos y no tiene arreglo! ¿Cómo pudo ocurrir?

En ese momento la puerta de servicio se cerró de golpe. Laurie, la hija adolescente de la señora Fields, gritó desde la cocina:

—¡Hola, ya estoy aquí! ¿Hay alguien en casa?

—¡Laurie, ven en seguida! —exclamó la señora Fields, mirando consternada el candelabro roto.

—Ahora mismo voy, en cuanto me quite la chaqueta — Laurie apareció segundos después, se paró en seco y añadió sorprendida—: Ay, mamá, ¿qué ha ocurrido?

—No lo sé, he encontrado el candelabro roto. Yo también acabo de llegar —la señora Fields se llevó una mano a la boca—. ¿Habrán entrado ladrones? ¿Nos habrán robado?

Sonó el teléfono. Nosey ladró estrepitosamente, cruzó como un rayo la puerta, pasó volando junto a la señora Fields y entró en la cocina.

—¡Santo cielo! —exclamó la señora Fields cuando Nosey pasó zumbando por su lado.

—¡Nosey! —La llamó Lince—. ¡No respondas al teléfono! ¡No estamos en casa!

Ya era demasiado tarde. Nosey corrió hasta el teléfono e intentó sujetar el auricular con la boca. Lo aguantó unos segundos y finalmente lo soltó. El teléfono cayó al suelo. Lince, que le pisaba los talones, tomó el auricular al que Nosey aún intentaba llegar con la boca.

—Hola, dígame —respondió Lince—. ¿Quién habla?

—Ay, mi oreja...

—Bueno —añadió Lince—, ¿eres tú, mamá?

—Lince, ¿eres tú? —inquirió la señora Collins—. ¿Qué diablos has hecho? ¿Has metido el teléfono en el vertedero de basuras?

—Ah, ya te lo explicaré. La señora Fields acaba de descubrir que su candelera de cristal se ha roto y está algo trastornada.

—Será mejor que vengas a casa —afirmó la señora Collins—. Escucha, llamé para decirle a la señora Fields que se

olvidó el bolso. ¿Podrías venir a buscarlo, y llevárselo?

—Por supuesto —en ese preciso instante Lince notó algo que le llamó la atención. Hizo una pausa y añadió—: Mamá, ahora tengo que colgar. ¿De acuerdo? Iré a casa en seguida.

—De acuerdo. Hasta luego.

Laurie entró en la cocina, tomó la escoba y el recogedor y regresó al comedor.

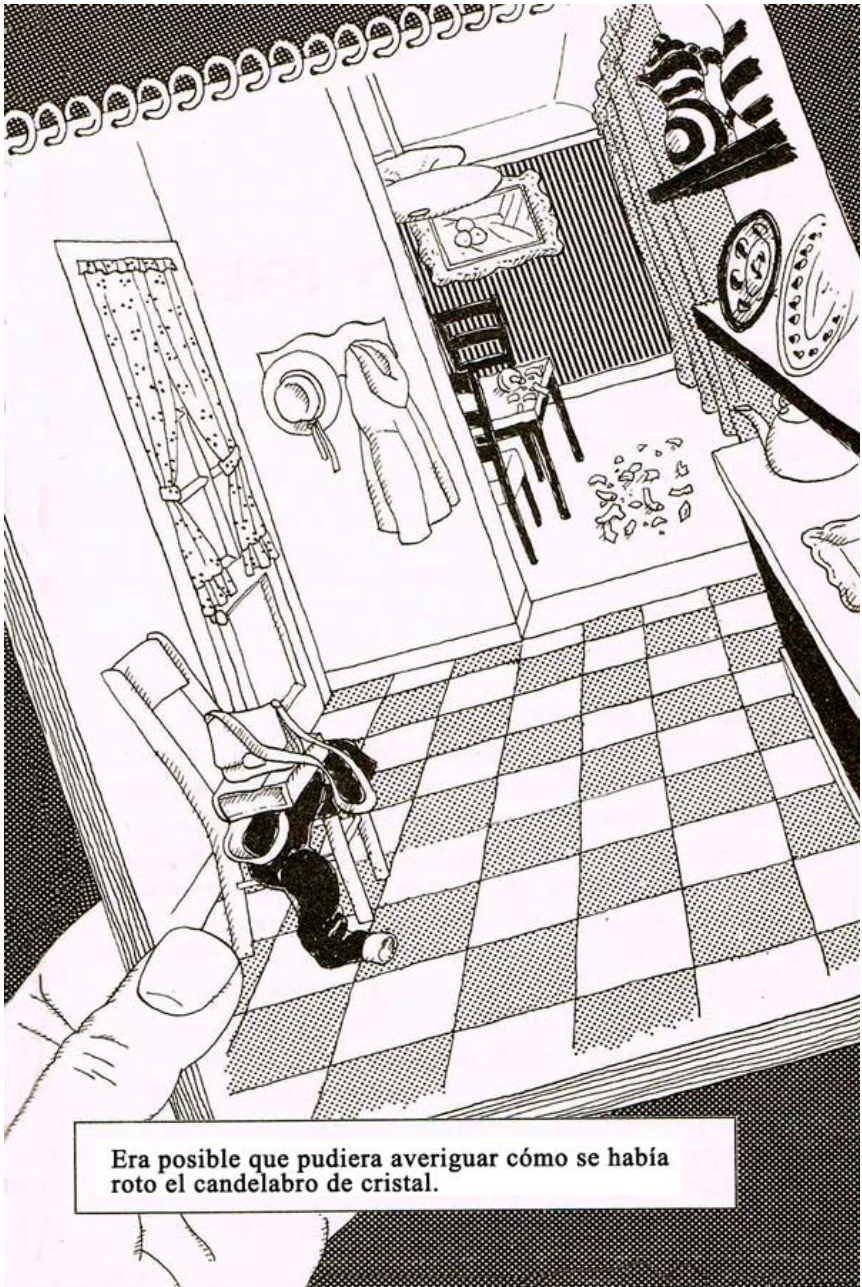
Lince colgó y empezó a tomar unas notas con un lápiz que había allí. Tenía gran facilidad para captar detalles —de ahí el apodo que le habían puesto, «Lince»— y siempre se daba cuenta si algo estaba fuera de su sitio. En ese preciso momento vio algo que le resultó sospechoso.

Lince se puso a dibujar automáticamente. Alzó la cabeza, entrecerró los ojos, estudió la escena y, a continuación, dibujó rápidamente lo que vio. Era probable que su dibujo le diera una pista y pudiera averiguar cómo se había roto el candelabro de cristal de la señora Fields. Mientras Lince dibujaba, Nosey permanecía sentada a su lado.

—No está mal —opinó varios minutos después, al concluir el boceto.

Mientras el superdetective estudiaba el dibujo para tratar de resolver el misterio, Laurie entró en la cocina con una pala repleta de trocitos de cristal. De repente Lince se dio cuenta de qué era lo que no encajaba.

—¡Laurie, será mejor que veas esto! —exclamó señalando el dibujo.



Era posible que pudiera averiguar cómo se había roto el candelabro de cristal.

¿Qué fue lo que vio Lince que no encajaba?